

XI.

ZELOS.

Dulce pasión de amor, dulce homicida
De un tierno corazón, por qué me matas?

LOPE.—*Circe.*

Es una mujer Damiana
que frisa en los treinta y cinco,
de tez y cabello negros
delgada y de cuerpo chico,
con los ojos picarezcos
y con los dientes blanquísimos.
El pliegue de su ancha boca
es de la bondad indicio,
su frente chica y obtusa,
de un carácter vizcaino.
A mas, es de genio fuerte
y habladora como cinco.
Es una de esas mujeres
que han tomado por oficio
seguir á las tropas siempre
y con él siempre ha cumplido.

¿Dónde nació? No lo sabe,
ni jamás se le ha ocurrido,
desde que se acuerda, andaba
con su madre en los caminos.
Cuando era muy pequeña,
su madre formaba un lio
de lienzo grueso, amarrado
con un nudo corredizo;
se lo ataba á las espaldas
formando como un bolsillo,
y en él ponía á la niña
con un perro y un perico.
Después, cuando fué creciendo,
cargarla no le convino,
y hacia que caminara
sobre sus piés pequeñitos.
Si se cansaba, tomábala
en los brazos al principio;
pero después la obligaba
á que hiciera á pié el camino.
Si el cansancio la rendía,
la hacia andar, trato inícuo,
la madre, á los piés descalzos
arrojándole pedrizcos.
Así creció; entre las tropas
continuamente ha vivido;
es una de esas mujeres

que casi exentas de vicios,
 para los soldados nuestros
 una Providencia han sido.
 En un huaje que por *bule*
 comunmente es conocido,
 llevan agua y el soldado
 de sed no sufre el martirio.
 Ellas se adelantan siempre
 al llegar á un villorío,
 á un pueblo, ó á una ciudad,
 y compran pan, carne, vino,
 ó lo que encuentran, y cuando
 ya de cansancio rendido
 llega el soldado, ya se halla
 con que está el almuerzo listo.

¡Con cuánta ternura siempre
 á la pobre madre ha visto,
 que sufre penas inmensas
 por ir siguiendo á su hijo!
 ¿Qué fuera de él si solícita
 y con cuidados asiduos
 no fuera para él un ángel,
 en sus dolores alivio,
 en sus trabajos consuelo,
 protectora en los peligros?
 Con razon tuvieron ellas
 la gran honra de haber sido

oficialmente elogiadas
 por Zaragoza el invicto.

Es cierto que algunos gefes
 que se llaman á sí mismos
 de la marcial disciplina
 observadores estrictos,
 de tales mujeres fueron
 los mayores enemigos:
 La misma Damiana, de esto
 bien pudiera ser testigo,
 pues ella misma en Jiquilpan,
 tras mil trabajos sufridos,
 (esto pasaba seis meses
 despues de esta historia) vino
 á estar como prisionera
 en un corral maldecido,
 por orden del General
 que, obrando con poco juicio,
 mandó á todas las mujeres
 encerrar en aquel sitio.
 Como que, si no mediara
 Echeagaray, de fijo
 el ejército del centro
 se hubiera hallado en conflictos.

Mas sin pensar en sucesos
 todavía no acaecidos,
 iba Damiana, y llegó

al lugar donde hemos visto
hace dos meses á Ayala.
Llegó y abriose un postigo
del zaguan. Era la casa
de don Cosme y la de Albino.

—Por tí misma lo has oido,
Pilar, es ese su amor.
Ve cómo de tu candor
abusaba el fementido.
Que hoy me obedezcas espero,
mi voluntad respetando.
—Padre! Albino! estoy soñando.....
Despertadme, que me muero.
—¿Y aún lloras, pesiamí,
La pérdida de ese infame?
—Albino, la muerte dame,
pero no me hables así.
—Pilar!
—Compasion reclamo.
Ay! su amor, á mi despeso,
no puedo arrancar del pecho.
—Es un traidor.
—Yo lo amo.

Signió el padre regañando,
siguió regañando Albino,
Pilar siguió acongojada;
y cansado al fin su espíritu
se retiró á su aposento.
Allí, lejos del bullicio
dió rienda suelta á su lloro
y de esta manera dijo:

Adios, mi ilusion postrera
que mi vida sostenías,
causa de mis alegrías,
adios mi pasion postrera.

Fuiste tan solo quimera
que mi alma ardiente animaba;
gozosa te acariciaba
al mirarte tan luciente.....
Mas huiste de repente
como fuego que se acaba.

¿Qué será mi vida ahora
sin tu amor que me nutria?
Ay! será sin sol un dia,
un sol sin tarde ni aurora;
mar sin calma bienhechora,
sin agua infecundo suelo,
jardin cubierto de hielo,
una solitaria flor

sin aroma ni color;
alma privada del cielo.

Mas que nunca he de olvidarte
juro por el alma mia.....
¿Y cómo te olvidaria
cuando una vez llegué á amarte?
De mi alma eres una parte,
y aunque loca procurara
huirte, no lo lograra,
tú siempre me persiguieras.
Y si tú no me siguieras
yo anhelante te buscara.

Mas al dolor de perderte
no creas que yo sucumba;
entro desde hoy en mi tumba
pues no he de volver á verte.
Y es preferible la muerte
á tu ingrata alevosía.....
Oh, José! ¿Quién lo diria?
Me dejas, ingrato y fiero,
mientras yo tanto te quiero.
Ahora, ¿quién de quién se fia?

Se arrojó sobre su lecho
sufriendo horrible martirio,

y dejó correr su llanto
procurando ahogar sus gritos.

De cuando en cuando llegaba
confuso, hasta sus oidos,
de la música el acento
y de la fiesta el ruido.

XII.

Don Luis.—Oye.

Doña Leonor.—¿Qué mas he de oír?

Don Luis.—Mis disculpas.

Doña Leonor.—¿Puede haberlas

á tantas injurias, tantos

agravios, tantas cautelas?

CALDERON DE LA BARCA.—*Cuál es mayor
perfeccion.*

Mientras que llenan la plaza
la bulla y el alboroto,
un hombre de aquel bullicio
se separó. Siguió solo
por algun tiempo las calles,
cuidando de que el embozo
descubrir no permitiera
la menor parte del rostro.
Llegó hácia una encrucijada
donde lo esperaban otros.
—Los caballos?

—Ya están listos.

—Los hombres de escolta?

—Prontos

tambien, capitán Ayala.

—Cuántos?

—Cinco, mas nosotros.

—Bien. ¿A qué horas la fiesta
ha de terminar?

—Supongo

que á las once.

—Son las diez.

Nos reuniremos bien pronto.

Siguió andando el embozado,
se acabó la luz del todo,
y continuó en las tinieblas
caminando á pasos cortos,
hasta que llegó á la casa
de Pilar, descubrió el rostro
é hizo la seña. La jóven
apenas la oyó, de pronto
el amor y la sorpresa,
la cólera y el sonrojo,
como bandada de fieras
que en el desierto arenoso
se arrojan sobre el comanche
que está descuidado y solo
su corazon asaltaron
en un tropel espantoso.
Saltó del lecho en seguida,

secó del llanto los ojos
y abrió al punto la ventana
con los dedos temblorosos.

—Cómo, tú aquí?

—Hoy he llegado,
en alas de la esperanza,
y he acudido sin tardanza.
Tu mano, no me la has dado.

—José, me amas?

—Yo me aflijo
si lo dudas.

—Por piedad
júrame decir verdad
por la cuna de nuestro hijo.

—Decirte verdad! En qué?

—Júralo por nuestro amor,
por Dios nuestro Salvador.

—Mas Pilar.....

—Jura, José.

—Juro.

—Conoces á Lina?

—Cómo sabes?.....

—La conoces?

—Mas quién te lo ha dicho?

—A voces

el corazón, que adivina.

—Dime, la amas?

—Pero yo.....

—Tú seducirla has querido.....

Responde..... Por Dios te pido
que me respondas que no.

—Cálmate, yo á hablar no acierto.

—Habla, ó me verás morir.

Responde.

—No sé mentir.

—Lo sé, dime.....

—Pues es cierto.

—Ay!

—Pero no es el amor
quien hácia ella me ha llevado.....
Y..... perdon, Pilar, he amado
solamente á tí.

—Traidor!!

—Yo nada quiero ocultarte,
porque tu perdon espero.
Escúchame.

—Yo me muero.

—Perdóname.

—Perdonartel!

—Yo te prometo, Pilar,
no volverla á ver siquiera,
casarla con Luis..... Espera.....

—Adios..... me vas á matar.

Quiso huir, pero la mano
le tomó él, y con fuego
empleó el ardiente ruego;
pero su ruego fué vano.
Sin sentido la infeliz
cayó al fin; él al momento
saltó y entró al aposento
como en tiempo mas feliz.
En sí vuelta, un grito dió,
Don Cosme acudió al instante,
y junto al lecho al amante
de rodillas encontró.

XIII.

En la sala de banderas
Miguel Ramirez está
con Hajar y con Reynoso
y Perez el capitan.
Hacia rato callaban,
que habian hablado ya
sobre el rapto, todo cuanto
sobre él se pudiera hablar.
Su plan estaba arreglado,
y á la verdad que era el plan
único que en aquel caso
se podia aprovechar.
Cual lo habian acordado,
todos dispuestos están,
á la fuerza que viniera,
con la fuerza rechazar.

De repente de un caballo
se oyó el ruido en el portal,
y una espada que barria
las baldosas del zaguan.
Todos al punto, de pié

se ponen y ven entrar
á Soler, el artillero,
que llega de Zapotlan.

—Compañeros, buenas nuevas.

—Buenas nuevas, ¿pues qué hay,
jóven?

—Escúchenme ustedes:

Llegué al Cuartel General
á negocios del servicio;
y dias vienen y van
y hace cuatro dias solo
que los pude terminar.

Fuí á despedirme de Uruga,
general en gefe, el cual
me dijo: ¿Qué tal se porta
el subteniente Olivan?

—General, no lo conozco,
pues que sin duda no está
en la division tercera.

—¡Pues dónde habia de estar!

En el cuerpo de rifleros
que manda el mayor Guzman.

—Solo un cabo de ese nombre
yo, señor, conozco allá.

—Cabo! Si desde el momento
en que llegué á esta ciudad
le mandé á Ciudad Progreso

su despacho de oficial!

Y vaya si lo merece;
de los mejores será
que se hallan en la valiente
division de Michoacan.

—Señor, era cabo cuando
dejé aquella capital.

El, muy enojado.—Cabo
todavía; ¡voto á san!

--No llegó el despacho, ó
no se lo dió el general.

—Rayo! Si por él no fuera
en aquel dia infernal
del ataque de Morella,
que al fin hemos de vengar,
de la brigada Camaño
no volviera la mitad.

El herido, Padrés muerto,
desorganizadas ya

las columnas, al arrojo
suyo, á su serenidad
debieron en mucha parte
dejar, salvas, la ciudad.

Despues de reñir un rato
de votar y de jurar,
me dió otro despacho. Ahora
aquí se lo traigo ya.

—¿Pero y el otro?

—Sin duda,

cual hice á Uraga notar,
sin duda al extraordinario
que venia para acá,
aprehender logró Carriedo
sin que entrara á Michoacan.

—Vamos al punto á buscarlo
que en el Agua Blanca está.

—Anda tú, porque es muy justo
su placer no retardar;
aquí esperamos nosotros.....

Anda, despues los sabrás.

Llegó Soler á la guardia
casi amaneciendo ya,
y los nuevos compañeros
volvieron á la ciudad.

XIV.

EPILOGO.

Tale ascendeva la bell'alma al cielo.
MONTI.

Sombrío y triste el convento
se alza como inmensa tumba
en la plaza, dominando
la plateada laguna.
Como un espejo brillante
se mira desde esa altura,
y las barcas, que sus ondas
sin cesar ligeras surcan,
parecen aves acuáticas
que la superficie enturbian.
Triste es la ciudad de Pátzcuaro,
sus calles apenas cruzan
algunos cuantos transeuntes
que en silencio se saludan.
Sus plazas están desiertas,
las calles se encuentran mudas,